

# A propósito de la IX Semana Social



A COMISIÓN “JUSTICIA Y PAZ” DE LA Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, presidida por el arzobispo de Camagüey, monseñor Juan García, ha organizado la IX Semana Social Católica. Se celebró entre los días 17 y 21 de noviembre, en la Casa Diocesana “La Merced”, de la arquidiócesis de Camagüey.

La encíclica *Pacem in terris*, del papa Juan XXIII, publicada hace cuarenta años, sirvió de referente en esta ocasión. Los fundamentos para la paz –*verdad, justicia, amor y libertad*– desmenuzados en el texto del Pontífice que gobernó por poco tiempo, pero a la altura de uno de los momentos más críticos del pasado siglo, fueron una vez más motivo de reflexión en estas jornadas.

La Doctrina Social de la Iglesia (DSI) se constituyó como cuerpo doctrinal a fines del siglo XIX. Se afirma que la encíclica *Rerum novarum* sobre la cuestión obrera (1891), de León XIII, es el primer capítulo de un compendio que se incrementa de modo permanente, al que se le han adicionado otros capítulos sustanciosos de cada uno de los pontífices del siglo XX, particularmente de Juan Pablo II, pero también enriquecido por el pensamiento y la acción social de numerosos sacerdotes, religiosos y laicos. No pocos filósofos cristianos, incluso no católicos, han aportado a la DSI.

León XIII había comenzado su interés por la cuestión social mucho antes de escribir la *Rerum novarum*. Durante su permanencia en Bélgica como nuncio, a mediados del siglo XIX, estuvo atento a los padecimientos de la clase obrera, nunca se desentendió de ello. A fines del siglo XIX, entre el fuego cruzado del liberalismo económico que destrozaba la vida de millones de obreros y cuyo fin único era la ganancia, y los postulados socialistas que endiosaban al Estado y aniquilaban toda forma de propiedad privada promoviendo el odio entre clases sociales supuestamente “irreconciliables”, la encíclica de León XIII se alzó como faro inestimable que iluminaba tanto el mal de la explotación

liberal económica como la desnaturalización del Estado omnipotente. Era necesaria la participación de los católicos en la cuestión social, y a raíz de la promulgación de la encíclica se crearon círculos obreros, semanas de reflexión (similares a esta en Camagüey), academias sociales y grupos de trabajo, nuevas legislaciones nacionales a favor de los obreros, etcétera, y esta ola que se generó en casi toda Europa dio origen a lo que más tarde se conoció como el movimiento de la democracia cristiana.

También se abrieron nuevas interrogantes, y no faltaron los movimientos socialistas liderados por sacerdotes, ni las contraofensivas de los católicos conservadores. Desde entonces la DSI corre el riesgo de ser asumida como antorcha programática para la acción política contra el poder establecido, o como un error eclesial que alborota y atenta contra las tradiciones y los valores del orden y la paz social que defiende el cristianismo.

Ni una cosa ni otra. Cuando los papas, los obispos, sacerdotes o laicos, enarbolan cabalmente la DSI para iluminar las realidades sociales, partiendo de esas mismas realidades y señalando sus males e injusticias, o sus aciertos, no lo hacen para servir a fines políticos específicos, ni se refieren a nuevos caminos de la vida cristiana o cambios estratégicos de la Iglesia. No hay nada nuevo en la Iglesia respecto a la realidad del misterio del hombre, a su dignidad a prueba del tiempo, anterior al Estado y toda forma de organización social, política o económica. El único objetivo y fin de la DSI es –partiendo de la dignidad del ser humano– construir el Reino de Dios

**La conciencia cristiana debe ser ejercitada libre y públicamente en todas las dimensiones de la fe, incluida la social, para ser considerada verdaderamente como tal. Siempre que se trate evidentemente de lograr el bien común querido por todos, no debería el Estado, garante de la libertad de conciencia y religiosa, poner límites a lo que es para el cristiano la voluntad de Dios.**

en la sociedad, acercar al hombre al mismo hombre, sin desconocer las diferencias esenciales, naturales o de clases que puedan existir. Y esto habla de una fe que se encarna y se compromete con el mundo, no huye de él, ni adormece a los creyentes. Porque la novedad del mensaje cristiano, por voluntad del mismo Dios, y del sistema religioso que promueve, está en la capacidad de convertir al hombre para que él sea capaz de transformar, desde y en el amor, la sociedad donde habita.

Pero la realidad no siempre acompaña estos propósitos. Cómo aplicar la DSI en nuestra sociedad hoy, es un reto que mantiene a muchos católicos cubanos en una actividad sostenida, creando y generando ideas bastantes originales según el contexto. Por momentos pareciera que el esfuerzo es infructuoso, porque la influencia sobre la sociedad –aparentemente– es insignificante. Tampoco experimenta la Iglesia algo inédito en este sentido. Desde el inicio, en prácticamente todo tiempo y lugar, muchas veces la voz del verdadero profeta se ha diluido en las arenas del desierto.

Sin embargo no es inútil ni vano el esfuerzo, ante todo porque nuestro compromiso primero es con Jesucristo y nuestra primera obligación es amar al otro como a nosotros mismos. De manera que para el cristiano es imposible renunciar a pensar cómo asistir al pobre, al hambriento, al forastero, al sediento o al preso. Pero es útil, también, porque si renunciáramos al lugar que nos corresponde en la sociedad, aún sin ser reconocidos como interlocutores válidos, podríamos incurrir en una falta por omisión. No tengo dudas que cada ser humano, y de modo específico cada cristiano, tiene una misión en este mundo, y por tanto también en nuestro país.

Es basándose en esta Doctrina que los obispos, de manera colegiada o individual, se han referido siempre a la cuestión social o económica de nuestro país. Esto generalmente no ha sido comprendido de forma adecuada, y en ocasiones se ha llegado a sospechar que, detrás de las palabras de los obispos, existen intenciones ocultas que pudieran estar asociadas a intereses ajenos a la nación cubana. Lo mismo puede decirse de numerosos laicos que tratan de ser, en la sociedad cubana, coherentes con su fe y las enseñanzas de la Iglesia.

A nadie le complace ser confundido, mal interpretado o atacado, por lo que el hecho mismo de continuar ese compromiso, asumiendo el riesgo de la incomprensión, no debe dejar duda alguna del auténtico interés que produce en los hombres de fe la realidad social en la que viven y ejercitan su ministerio.

Cuba nos interesa a todos los cubanos. También a los miembros de la Iglesia, pero la fe cristiana añade un compromiso particular a ese interés natural por la comunidad donde se vive. La Iglesia no es una secta cerrada, los cristianos no constituyen un cuerpo social aislado dentro de las paredes del templo, convencidos de que ahí se halla la salvación y el mundo es un caos irremediable por el que no vale la pena hacer nada.

La libertad de conciencia y religión, garantizada constitucionalmente por el Estado cubano, es algo más que la práctica sacramental para el cristiano. La conciencia cristiana debe ser ejercitada libre y públicamente en todas las dimensiones de la fe, incluida la social, para ser considerada verdaderamente como tal. Siempre que se trate evidentemente de lograr el bien común querido por todos, no debería el Estado, garante de la libertad de conciencia y religiosa, poner límites a lo que es para el cristiano la voluntad de Dios.

“Como ministerio de salvación, la Iglesia no está en lo abstracto ni en una dimensión meramente espiritual – como afirma el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, elaborado por la Pontificia Comisión “Justicia y Paz” y recientemente publicado en Roma– sino en el contexto de la historia y del mundo en el cual vive el hombre”. Y la Iglesia, es bueno recordarlo, está formada por Obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. Ser Iglesia, en Cuba o en cualquier otra sociedad, sigue siendo el desafío irrenunciable.

Es de desear que esta IX Semana Social y otras que vendrán, produzcan frutos verdaderos en el servicio de la misión única de la Iglesia. Es de desear una consideración más atenta y desprejuiciada, tanto por parte de muchos cristianos como de las autoridades cubanas en relación con las propuestas de la DSI, que ha alcanzado un desarrollo y una amplitud capaces de inspirar caminos y soluciones para muchos problemas sociales y políticos, como los que nos interesan a los cubanos hoy.

Cuando los interesados en la cuestión social anteponen el ser humano con toda su dignidad a cualquier otro objetivo, ya sea político o económico, de manera que ese o esos objetivos se subordinen y le sirvan a él, siempre será posible encontrar un punto de confluencia y una solución adecuada aún desde posiciones distintas. Para la Iglesia y sus miembros, cuando se trate de atender o colaborar en las relaciones sociales, la DSI seguirá siendo un referente obligado. Ω